

AcompaÑe mi lira condolida.
 Te llorará á pesar de su dureza
 El humano linage :
 En qualquiera region adonde lleve
 La fama voladora
 Tu nombre, del poniente hasta el parage
 Donde nace la aurora,
 Haré que con mis versos se renueve
 Tu memoria borrada,
 En los pechos sensibles,
 De profundo suspiro acompañada.
 Aun el lozano jóven divertido,
 Dexando sus placeres en olvido
 Algun rato, dará señas visibles
 De compasion ; pasando silencioso
 Y pensativo, léjos del ruidoso
 Concurso á recorrer la amarga historia
 De tus hados fatales,
 Y á llorar tiernamente tu memoria
 Entre los monumentos sepulcrales.

QUINTA NOCHE.

EL REMEDIO CONTRA EL TEMOR DE LA MUERTE.

A TI dirige, ó York, mi osada Musa,
 De sus fúnebres cantos el sonido :
 A su temeridad sirva de excusa,
 Abrigarse en un pecho agradecido.
 Aunque te hallas en medio de las suaves
 Caricias de una próspera fortuna,
 Y de la juventud en los verdes,
 No te disgustan sus acentos graves,
 Ni su triste gemido te importuna.
 ¡ O qué profundamente está arraigado
 El temor de la muerte y sus horrores
 En los pechos de todos los mortales !
 Atended á mis versos con cuidado,
 Que canto su remedio poderoso.
 ¡ Feliz aquel, que huyendo del bullicio
 Del mundo, y sus fatales
 Diversiones, que causan tal perjuicio
 A los demas, prudente y desdeñoso,
 Sus ojos cierra á los objetos vanos,
 Que ocultan la verdad á los humanos,

Y se embosca gozoso,
 De los cipreses en la sombra obscura,
 O recorre la bóveda callada,
 De sus pasados lóbrega morada,
 Yendo de sepultura en sepultura,
 A la luz de la muerte registrando
 Los tristes epitafios esparcidos,
 Y con juiciosa reflexi3n pasando
 El polvo de los hombres fenecidos !
 Este imperio extendido y tenebroso,
 Donde la fiera muerte está sentada
 En su trono, de ruinas circundada,
 Es para el hombre favorable asilo,
 Es lugar de reposo,
 Donde ha de ir con el alma cada dia,
 A meditar tranquilo,
 Si alcanzar quiere la sabiduría.
 ¡Qué ayre tan saludable
 Es para la verdad el que allí corre !
 ¡Cuán mortal al orgullo y formidable !
 ¡Ven.—No temas.—Entremos alma mia !
 Conmigo toda su extension recorre :
 Busquemos en su lóbrego y profundo
 Retiro las verdades y el consuelo,
 Que en vano hemos deseado por el mundo.
 Pesemos vida y muerte, y atrevidos,
 Quitemos á esta el velo.
 Mirémosla sin miedo cara á cara,

Y despreciando todos sus sabidos
 Terrores, con valor la palma rara
 De las almas ilustres arranquemos,
 De esos mismos sepulcros que tememos.
 ¡Oxalá que me pague en desengaños
 La muerte fiera los terribles daños
 Que me ha causado, y tanto me utilice*
 Quanto ántes, sin piedad me hizo infelice !
 Sígueme tú, Lorenzo, ven, leamos
 Esa inscripci3n concisa
 De la piedra que cubre á tu Narcisa.
 ¡Qué tratado sublime nos presenta
 De moral, si juiciosos la miramos !
 ¡Qué mudo, qué patético language !
 ¡Qué es á su lado el frívolo follage

* ¡Qué frutos podemos sacar de la muerte de nuestros amigos! Debe servir para despertarnos de nuestro letargo; desterrar nuestros terrores, humillar nuestra soberbia, y preservarnos del vicio. Contempla ¡oh Lorenzo! con espacio á la muerte; déxala que cobre sobre tí un ascendiente saludable; reyne en tu corazon este único pensamiento, que basta para reprimir tu loca alegría y prepararte á la verdadera felicidad. Si arreglas tu vida por él, apaciguará los movimientos sediciosos de tu corazon, y te proporcionará la conquista de una gloria inmortal. Desde este instante comenzarás á contar los dias mas dichosos. El pensamiento de la muerte es una deidad, que ademas de aconsejar al hombre la virtud, se la inspira.

Que un orador ostenta?
 Puede de las palabras la eloqüencia
 Movernos; ¡pero quanta diferencia
 No ha de haber de una imágen muerta y fria,
 A las vivas profundas impresiones,
 Que causa en nuestro pecho,
 Ese triste letrado ya deshecho?
 ¡Mira el guarismo que señala el dia!
 ¡Con qué fuerza nos habla, qué lecciones
 Visibles nos franquea!
 Pregúntale si acaso la hermosura
 De la temprana edad, la lozanía,
 Y todo quanto el mundo ama y desea
 Por mucho tiempo dura,
 Y cuenta con la vida sosegado.
 Apenas hallo alguna sepultura,
 Donde no esté enterrado
 Cuerpo mucho mas jóven que el que habito,
 Y que á mí no me llame con voz triste.
 ¡Y qué es lo que en el mundo solicito?
 De quanto en él existe
 ¡Qué es lo que me hace apetecer la vida?
 ¡Mas qué objeto á mi vista obscurecida
 De nuevo se presenta?
 ¡Se abre la sepultura de Narcisa!
 ¡La luz que brota de ella, á toda prisa
 Las tinieblas ahuyenta!
 ¡La augusta verdad es, que coronada

De rayos refulgentes,
 De la estrecha morada
 Sale hácia mí con pasos diligentes!
 ¡Ya siento que de mi alma se apodera!
 Cesa la lisonjera
 Ilusion, que ofuscaba mis sentidos.
 Disipa con sus brillos esparcidos
 La niebla que formaban mis pasiones,
 Y densa mi razon obscurecia.
 A la noche sucede el claro dia.
 ¡Qué horizonte descubro! ¡qué ignoradas
 Y extendidas regiones!
 ¡Qué facultades nuevas, qué noticias
 Para mí no esperadas,
 Vienen á enriquecer mi entendimiento,
 Y en un mar á anegarme de delicias!
 Veo ya lo invisible;
 Y lo mas apartado toco y siento:
 Distingo claramente lo futuro.
 Ya no me engaña el mundo fermentado:
 Sus alhagos me encuentran insensible:
 Alhagos, ¡ay! que al hombre en un apuro
 De tristezas trastornan el sentido.
 Los lazos que me armaba
 El vicio, y que entre flores ocultaba,
 Para quitarme hasta el menor rezelo,
 Y lograr mas segura mi conquista,
 Estan ya manifiestos á mi vista.

La escondida virtud, quitado el velo,
 Me enseña sin rebozo su hermosura.
 ¡O cuán véloz la vida,
 Su carrera á mis ojos apresura!
 Caer veo los hombres á millones
 Como en otoño las marchitas hojas.
 Los objetos que anhela enardecida
 Tu ambición, ¡ó mortal! esa belleza
 Que te hechiza; tus dulces diversiones
 A que ciego te arrojas,
 Son objetos tan frívolos y vanos
 Para mí, que comparo su vileza
 Al polvo hollado por los pies humanos.
 La vida misma, quanto mas la miro
 Peor me parece, y ménos la suspiro.
 Ahora sí que saliendo de mi encanto,
 Ya entiendo los consejos saludables,
 Que la muerte benigna repetía
 A mis oídos, y yo nunca atendía.
 En lugar de causarme algun espanto
 Sus voces formidables,
 Sin inquietud y sin temor vivía;
 Pero ahora ¡ay triste! me hallo traspasado
 De quantos dardos crueles
 Ha disparado á mis amigos fieles.
 Quanto mas ha tardado
 En el ayre la flecha suspendida,
 Tanto mas ancha y honda ha hecho la herida;

¡Qué punta tiene ¡ay Dios! tan penetrante!
 ¡Quién templará el dolor que me atormenta?
 ¡Qué mano compasiva
 En la llaga sangrienta
 Un bálsamo pondrá refrigerante,
 Y extraerá de ella la ponzoña activa
 Del pensamiento que el dolor aviva!
 Mas ¡qué no he de poder sin conmovirme,
 Tener la vista en el sepulcro fixa?
 ¡Por qué he de estremecerme
 Al pensamiento solo de la muerte,
 Y no he de exáminarla con prolixa
 Atención, animoso y sosegado?
 No es aquel paso tan temible y fuerte,
 Como lo piensa el hombre horrorizado:
 Nuestra preocupacion nos desalienta:
 En forjárnos patrañas ingeniosos
 En nuestra fantasia construimos
 Una fantasma enorme y macilenta
 Con horrible semblante; la añadimos
 Mil rasgos, mil visages espantosos;
 Y al instante olvidados
 De que es hechura nuestra, amedrentados
 A sus pies nos postramos, qual si fuera
 Real y existente aquella vision fiera.
 Alzar á ella los ojos no podemos,
 Sin que con rostro pálido temblemos.
 La imágen de la muerte, fabricada

Por nuestras conjeturas, casi en nada
 Cópia al dechado que imitar queremos.
 ¡Y qué pintor hasta ahora ha conseguido
 Dexar con rasgos fieles
 Retratada la muerte? Este tirano
 Jamas descansa un punto: su temido
 Aspecto agita en nuestra débil mano
 Los trémulos pinceles:
 La herida fantasía lo exágera:
 La ignorancia asustada se acelera
 En añadir sus sombras al retrato,
 Que espanta á la razon con su aparato.
 Y en realidad; en dónde está la muerte?
 Siempre se halla pasada ó venidera,
 Pero presente nunca: de tal suerte
 Que quando está en presencia ya no existe:
 Con que nunca se ve su rostro airado.
 Antes que abandonado
 Por la esperanza el hombre se contriste,
 Le falta totalmente el sentimiento;
 Y así el golpe violento,
 Que acaba nuestra vida recibimos,
 Mas el dolor del golpe no sentimos.
 ¡Por qué nuestra alma, pues, ha de afligirse,
 Y con falsos presagios confundirse?
 La mortaja, las fúnebres campanas;
 La húmedad y honda huesa;
 El azadon, la noche, los gusanos;

Que la imaginacion triste no cesa
 De encarecernos; las fantasmas vanas
 Que el negro invierno de la vida cria;
 Son objetos que aterran los humanos
 Que viven, no los muertos.
 Esclavo de su loca fantasía;
 Víctima de sus mismos desaciertos;
 Forma el hombre una muerte diferente
 De la que existe en la naturaleza,
 Y padece mil muertes cada dia,
 Por temer de una sola la certeza.
 Con ánimo valiente
 Demos de mano á toda esta aparente
 Turba de simulacros engañosos,
 Pues herméticamente está cerrado
 El sepulcro, y de él nunca ha transpirado
 Secreto alguno á los que el mundo habitan.
 ¡Y aunque todos los rasgos espantosos,
 Y fatales agujeros
 De la muerte, que tal temor excitan
 En nuestros pechos, fuesen verdaderos,
 Por qué el anciano habia de temerla?
 ¡Si le volviese sabio su experiencia
 En lugar de mostrarla resistencia,
 No debiera al contrario apeteerla,
 Correr alegremente á recibirla,
 Y humillado pedirla
 Que en sus lóbregas simas le escondiese,

Y de la cruel vejez le defendiese ?
 ¿ Tanto atractivo tiene nuestra vida ?
 ¿ Nunca se siente herida
 Nuestra alma del fastidio y descontento ?
 ¿ Nuestros cantares mismos por ventura
 Proceden siempre de alegría pura ?
 ¿ Ah ! Si el hombre fixase el pensamiento
 En esa muchedumbre de enfadosos
 Objetos que le cercan, fastidiado
 Su corazon, al punto cederia
 A la tristeza. ¿ Quál se afligiria
 Desengañado de estos mentirosos
 Bienes del mundo, al ver el arrojado
 Impetu de los vicios ; la flaqueza,
 De que va la virtud mas acendrada,
 En esta vida siempre acompañada ;
 Los errores del mismo que endereza
 Todo su estudio á la subiduría ;
 Mañes que se renuevan cada dia ;
 Bienes de perfeccion destituidos,
 Siempre al brotar cruelmente destruidos,
 Que al huir solo nos dexan la amargura,
 Y la pena que eternamente dura !
 ¿ Y por qué ha de aumentarse cada instante
 Nuestro afecto á este clima,
 Destemplado, inconstante ;
 A este risco, de bienes infecundo,
 De males y de penas herizado,

Cuya encumbrada cima
 Cercan siempre espantosas tempestades,
 Cuya escarpada falda, da al profundo
 Y voraz remolino, tan nombrado
 En todas las edades,
 Por los prontos naufragios de las vanas
 Esperanzas humanas ?
 ¿ Dexando á un lado aquella numerosa
 Turba de varios y precisos males
 Que sin cesar maltrata á los mortales,
 Se pasa un dia solo en que á la vida
 No le echemos en cara alguna cosa ?
 ¿ En que el sabio no la halle,
 Alguna nueva lacra no sabida,
 Algun trabajo tal, que al punto falle
 Condolido que debe despreciarse,
 Sin merecer siquiera examinarse ?
 Las fementidas horas nos engañan.
 En tanto que descansan, en la obscura
 Sima del tiempo, y no nos pertenecen,
 Desde léjos se amañan,
 A darnos esperanzas lisonjeras :
 Todo lo que prometen es dulzura :
 ¿ Infelices de aquellos que adormecen
 Sus voces embusteras !
 Una tras de otra, pérfidas nos venden.
 En lugar de causarnos alegría,
 Cada una nos añade alguna pena,

Y se huye apresurada con el día ;
 Pero los hombres su traycion no entienden :
 Nunca se agota la abundante vena
 De su esperanza aunque la ven fallida :
 Crédulos á pesar del desengaño,
 Si salen de un error, al mismo instante
 En otro error incurren mas extraño :
 Aun su propia experiencia repetida,
 Para abrirles los ojos no es bastante :
 Dan prisa al tiempo acelerado y listo,
 Para ver el momento que no han visto.
 ¡ Así la falaz vida nos adula,
 Y todas sus miserias disimula !
 Sus secretos oculta en un profundo
 Silencio, hasta dar fin á su carrera :
 Solo en la hora postrera,
 Se los confiesa al hombre moribundo.
 ¡ Vivir siempre en el mundo ?—(a)
 ¡ Para qué, para ver las mismas cosas
 Que se han visto mil veces ?
 ¡ Para oír repeticiones ó sandeces,
 Andar y desandar el ya trillado
 Camino ; maldecir las perezosas
 Horas que traen consigo tal enfado ;
 Estar eternamente reducido
 A un círculo de ideas tan ceñido ;
 Pasar continuamente
 A amar lo que ántes era aborrecido ;

Volver á aborrecer lo que se amaba ;
 Desdeñar impaciente
 Los deseos del día precedente ;
 Bostezar en las mismas diversiones
 Por su repeticion que nunca acaba ;
 E implorar la desgracia en ocasiones,
 Para huir de algun modo de la dura,
 Triste uniformidad que nos apura,
 Creyendo que aun la pena en este suelo,
 Con la mudanza nos dará consuelo ?
 ¡ Quántas veces, al tiempo que encantados
 Nos tiene del deleyte la viveza,
 Asoma en nuestros pechos la tristeza,
 Y de nuestra esperanza defraudados
 Vamos casi á exclamar: no hay otra cosa ?
 ¡ Quán poco duradero,
 Quán pobre es el deleyte ! Presurosa
 Y breve es la carrera de la vida ;
 ¡ Aun es la del deleyte mas ceñida !
 Nuestra edad por el círculo ligero
 De sus dias, apénas ha rodado
 La mitad, quando dexa ya agotado
 El fondo de aquel gusto fino y vario,
 Que es para los deleytes necesario.
 Ya por probar no queda cosa alguna ;
 Tenemos que acudir á la importuna
 Repeticion que tanto nos fastidia ;
 No hallamos otro gusto á lo presente,

Que el que ya hemos gozado anteriormente,
 Que hartos casi rehusan los sentidos.
 Nuestros primeros años con envidia,
 Qual pródigos abuelos, malgastando
 Los caudales crecidos
 Del placer, disipando
 Los tesoros del gozo á competencia,
 A los últimos privan de su herencia :
 Por fin acude la vejez helada
 A colmar la medida intolerable
 De nuestras desventuras :
 Entónces, de la edad desubstanciada,
 Procuramos con ansia imponderable,
 Esprimir algun xágo, mas en vano :
 Todas las coyunturas
 Del infeliz anciano,
 Estan ya secas ; muertos los sentidos,
 Gastado el gusto : ya los muelles todos
 De la máquina antigua, de mil modos
 Se afloxan ; los conductos obstruidos
 Impiden el preciso movimiento
 De las ruedas ; no esfuerza el alimento
 A la naturaleza ya cansada,
 Antes le es una carga muy pesada :
 Sufre el mas sóbrio todo el enfadoso
 Trabajo de una gula destemplada.
 El gozo mismo para los ancianos
 Suele ser muchas veces peligroso :

Si en sus débiles manos,
 Toman tal vez su copa refulgente,
 Tiemblan que se la arranque de repente
 De la envidiosa muerte el brazo airado.
 La vida no es ya mas que un apurado
 Desnudo campo que jamas produce.
 En aquel tiempo ingrato y perezoso
 Todo nuestro recurso se reduce,
 Quando no nos lo impide algun penoso
 Achaque, á hacer algunas reflexiones
 Sobre nuestros sucesos precedentes ;
 A añadir tales quales comentarios,
 O ciertas sazoadas alusiones
 A los papeles varios,
 Y á los vanos proyectos, que imprudentes,
 Hemos hecho en el mundo.
 Así van los placeres desertando
 De este suelo infecundo ;
 Y uno tras otro el vuelo apresurando,
 Al paso que se alejan,
 Al triste anciano dexan
 Solo, por detenerlos anhelando,
 En un vasto desierto,
 De obscuridad mas lóbrega cubierto,
 Que la que en este instante trae consigo,
 La noche de mis penas fiel testigo.
 ; Dichoso el que en tal tiempo al Juez divino,
 Pueda confiado levantar los ojos !

¡ Con qué ansia esperará el feliz momento
 De acabar su destino,
 De abandonar al mundo sus despojos,
 Y á la instable fortuna el lucimiento
 De sus falaces bienes ! ¡ Quán contento
 Dexará en el teatro de la vida,
 La máscara de carne consumida !
 Este tiempo fatal es ya llegado
 Para mí ; ya no existe
 El mundo en que he habitado :
 Ahora otro nuevo en su lugar subsiste,
 En que reynan costumbres diferentes,
 Distintos usos. Salen diligentes
 Cómicos nuevos á ocupar la escena ;
 El tablado se llena
 De mozos que rebosan de alegría,
 Y vienen de aquel puesto á desterrarme,
 O bien á divertirse á costa mia :
 ¡ Cómo extrañan el verme ! Yo igualmente
 A su vista no ceso de admirarme.
 Aun mi vecino me es desconocido,
 Y no precisamente
 Esto me tiene á mí tan affigido,
 Otra es la pena cruel que más me apura,
 ¡ De la triste vejez, pena harto dura,
 Trabajo del que vive demasiado !
 ¡ Mi Rey, que en otro tiempo me ha colmado
 De caricias, me ha echado ya en olvido !

Dexemos, pues, el mundo, que hartos años,
 Con delirios extraños,
 Y con falsas promesas me ha vendido.
 ¡ Pero qué es lo que digo ? ¡ Es sola acaso
 Mi suerte la que sufre tal acaso ?
 Ahora el mundo me olvida,
 ¡ Mas cuánto tiempo estuve yo presente.
 A sus ojos ! Quando es muy repetida
 La vista de un objeto, aunque excelente,
 Cansa y fastidia, y quanto mas se empeña
 En ser de todos visto y admirado,
 Tanto mas de mirarle se desdenea
 El concurso con otros ocupado.
 Quando expongo mis penas á su oido,
 Las escucha con ansia el cortesano :
 Le deleyta aquel néctar delicioso
 Del rendimiento, al Grande tan precioso.
 Se muestra á mi dolor enternecido,
 Y me dice apretándome la mano :
 “ No tengo hoy tiempo, vuelva usted mañana : ”
 ¡ Hay moda de negarse mas humana !
 No juzgues, York, que en esto yo me aparte
 Del asunto que trato. No hay otra arte
 Mejor para aliviar el excesivo
 Temor con que á la muerte contemplamos,
 Que el rebaxar el precio en que estimamos
 La vida. Quanto el hombre mas esquivo
 La mire, y con mayor indiferencia,

Tanto mas gozará de su existencia :
 La ha de tratar, si disfrutarla quiere,
 Como á una muger loca, antojadiza,
 Qual suelen encontrarse á cada instante,
 Que huye del que la sirve, y le prefiere
 Aquel astuto amante,
 Que con desdenes mas la tiraniza.
 Por duplicado tiempo que tardaron
 Los Griegos en tomar á la opulenta
 Troya, mis fuerzas todas se obstinaron
 Inútilmente, en conquistar favores
 De la corte engañosa.
 ¡O quán en vano la ambicion intenta
 Enriquecer al hombre! Sus roedores
 Deseos, aun lo poco que he debido
 A la suerte envidiosa,
 Qual viento abrasador han consumido.
 ¡Y por qué desear? ¡Hay otra cosa
 Que mas nos dañe? El hombre mas robusto,
 El que mas sano vive, y con mas gusto,
 Si abrigare deseos en su pecho,
 En breve, como yo, se encontrará hecho
 Un pálido esqueleto descarnado.
 Aunque del nuevo mundo todo el oro,
 Y la plata formare tu tesoro,
 Si estás de la ambicion esclavizado,
 Si deseas, serás siempre mendigo.
 ¡Ayre suave y puro; parca mesa;

Quietud amable; sosegado sueño;
 Donés preciosos, con que el campo amigo
 A sus colonos de alegrar no cesa;
 Vosotros me curasteis del beleño
 Mortal de la ambicion, de esa penosa
 Dolencia de la corte contagiosa!
 Gracias eternas doy á la divina
 Mano, que me ha sacado
 Del mundo, y á esta choza me ha guiado.
 Hallé en su humilde abrigo medicina,
 Para los males que lloraba mi alma,
 Y he recobrado ya mi antigua calma.
 El mundo es un navío alto y pomposo,
 Engolfado en un mar muy proceloso:
 Le miramos con gusto,
 Mas le abordamos con peligro y susto.
 A una tabla abrazado,
 De sus hinchadas olas me he salvado.
 Ya ahora seguro, desde la ribera,
 Oigo el estruendo de la turba fiera
 De los hombres, confuso qual bramido
 A lo léjos, del viento enfurecido;
 O como en mar remoto, el incesante
 Sordo murmullo con que calma la ira
 De una horrible tormenta quando espira.
 Aquí gozando de quietud constante,
 Rumiano el tema de mi sério canto,
 Aprendo á ver la muerte sin espanto.

Qual pastor que á la sombra recogido
 De su abierta cabaña,
 Sobre el corvo cayado sostenido,
 Con el rabel sonoro el tiempo engaña,
 Y tranquilo registra la espaciosa
 Campiña, así tambien embebecido,
 Sigo yo con la vista la ruidosa
 Caza de la ambicion feroz y ardiente :
 Miro una tropa de hombres numerosa,
 Que corren ciega arrebatadamente,
 De la virtud los límites saltando,
 Las cercas de las leyes derribando ;
 Que tan presto qual lobos carniceros
 Siguen, devoran inhumanamente,
 Tan pronto como astutos y ligeros
 Zorros, con mil cautelas se libertan
 De otros mas fieros que su rastro aciertan,
 Y acometidos ya, ya acometiendo,
 Se van entre sí mismos destruyendo,
 Hasta que se atraviesa en su carrera
 La muerte, cazador infatigable,
 Que con ellos da pasto á su insaciable
 Hambre, en su mas oculta madriguera.
 ¡Y qué cosa mas vana, que cansarse
 Por triunfos que tan presto han de acabarse?
 La opulencia en que el rico se complace ;
 De los héroes la gloria y las proezas ;
 De los Monarcas mismos las grandezas ;

Tódo al fin se termina en *Aquí yace.*
 Un estado de penas largo y vario,
 Y otro corto de gustos pasajeros ;
 Forman de nuestra vida el inventario ;
 Y el polvo que en el polvo se deshace,
 Acaba los conceptos lisonjeros,
 Que de este mundo y sus honores vanos,
 Engañados hacemos los humanos.
 Si á la posteridad mi canto llega,
 Sabrá que hubo un varon, que aunque nacido
 En Inglaterra, en medio de la ciega
 Y falaz corte estuvo entretenido,
 Mas que al fin conociendo que podia
 Tardar aun la fortuna,
 Y equivocár sus cuentas en un dia,
 Su hora postrera no creyó oportuna
 Para estas distracciones, y prudente
 A todas dió de mano de repente,
 Buscando en una vida retirada
 Como acertar en su última jornada.
 La juventud por falta de experiencia
 De un falso resplandor á la apariencia
 Se alucina, y así se precipita
 En una multitud casi infinita
 De males ; la edad sola nos instruye.
 Al paso que va el hombre envejeciendo,
 A disfrutar la vida va aprendiendo ;
 Mas apenas concluye

Este importante estudio, quando abiertas
 Ve de la muerte las horribles puertas,
 Sin cesar oigo á la vejez clamando:
 “Vengan aun mas placeres, y mas dias,
 Mas riquezas—” ¡A qué infeliz porfias!
 ¡Cómo los gozarás, si aun tus sentidos
 Se van unos tras otros apagando?
 Muertos ellos, quedáron extinguidos
 Los deleytes. Por mas que poseamos
 Un objeto, jamas lo disfrutamos
 Si la sensacion falta; vanamente
 Del arco, con las manos afanadas,
 Estiramos las cuerdas ya cansadas
 Que la naturaleza diligente
 Relaxa, ó rompe sucesivamente.
 ¡Qué delirio! A la tarde de la vida
 Crecen nuestros deseos sin medida,
 Y se extienden, qual suelen dilatarse
 Las sombras quando el sol va ya á ocultarse.
 ¡Qué furor os arrastra, ó miserables
 Contemporaneos míos! ¡Deplorables
 Reliquias de lo que ántes habeis sido:
 Tristes ruinas del hombre destruido,
 A orilla del sepulcro titubeando:
 Como árboles ya viejos que no pueden
 Elevarse hácia el cielo, así infelices
 Siempre habeis de seguir profundizando
 Vuestras viles raices

En este suelo, hasta que secas queden;
 Y lo habeis de abarcar con mas empeño,
 Quando mas la vejez os muestra el ceño?
 ¡Vuestras manos marchitas y arrugadas,
 Han de estar siempre listas y estiradas
 Al ayre, de ansia y de vejez temblando,
 Para alcanzar las vanas ilusiones
 Que en sus vastas regiones
 Vuelan, vuestros esfuerzos evitando!
 ¡Con qué estrechez al hombre se limita
 Aun lo que su existencia necesita,
 Y á qué plazo tan corto! La avarienta
 Naturaleza lleva exâcta cuenta,
 Aun de aquel triste polvo que ha formado
 Su cuerpo; y por una hora le ha prestado,
 Y sin perder instante lo recobra.
 ¡Bástete anciano yerto
 Haber vivido entre las tempestades,
 Ve quando ménos á morir al puerto!
 Ya debes conocer que estás de sobra,
 Y huir de las humanas sociedades,
 A esconder en un plácido retiro,
 De tu razon la torpe decadencia,
 De tu voluntad fria la impotencia,
 Las ruinas de tu ser, que el largo giro
 Del tiempo ha destruido enteramente.
 Pronostícate á tí lo venidero;
 Ensáyate á morir tranquilamente.

¿Por qué no acudes solo y diligente,
 A registrar con tiempo la escarpada
 Obscura costa de ese mar tan fiero,
 De los locos mortales ignorada?
 Mira que llega la hora de embarcarte,
 Y en el inmenso piélago engolfarte.
 Tira á enriquecer tu alma,
 Aprovechate de esa breve calma,
 Para cargar tu nave de un precioso
 Tesoro de virtud, y con reposo
 Aguarda el fresco y favorable viento,
 Que te ha de trasladar en un momento,
 Por medio de ese abismo dilatado,
 A otro no visto y apartado mundo.
 Despierto entónces, como de un profundo
 Sueño, ¿quál quedará, quán admirado,
 Al ver la nueva tierra, el descuidado
 Que aun desde léjos con el pensamiento,
 No tomó de ella algun conocimiento!
 Quando la mano ya desfallecida
 Dexa caer los estambres de la vida,
 No queda que esperar de los sentidos;
 Ya es tiempo de cavar los escondidos
 Rincones de nuestra alma, y sacar de ellos
 Otros deleytes nobles y seguros,
 De la inmortalidad claros destellos.
 No busquemos remedio á los apuros
 Que nos cercan en este triste suelo;

Mas allá del sepulcro, sin rezeló
 Extendamos la vista, y ciertamente
 Tendrémos el consuelo apetecido.
 Aquí tan solo pretender podemos
 Aquella estimacion, que es consiguiente
 Al crédito de sabios ya adquirido,
 Y la tranquilidad que únicamente
 Siendo sabios de veras lograremos.
 Si el hombre sin sentido
 Estas dos cosas pierde, ¿qué le queda
 Que consolarle pueda,
 Quando se acerque ya su último dia?
 En llegando aquel tiempo miserable,
 La virtud sola le hace tolerable:
 Con ella corre lleno de alegría
 El viejo hácia el sepulcro que le espera,
 Y léjos de temer el brazo airado
 De la muerte, quanto ántes ver quisiera
 El curso de su vida terminado.
 Solo para el delito es horrorosa
 La muerte. De él recibe la espantosa
 Máscara. El solo la guadaña afila,
 Que nuestra sangre misera destila.
 ¿Ven, Narcisa, á ayudarme
 Con la muerte inhumana á hacer las paces,
 A arrancar de mi pecho los falaces
 Bienes, que quando llegue han de dexarme!
 Suspiro yo, que el dia

En que la voz de fúnebres campanas,
 Añada al polvo mi ceniza fria,
 Me halle del todo libre de las vanas
 Aficiones que al mundo me encadenan,
 Y casi de mí mismo me enagenan :
 Que esté toda esta trama destruida,
 A puro esfuerzo mio, de manera
 Que no halle de la parca la tixera
 Que cortar, sino el hilo de mi vida.
 Si acaso mi razon desfalleciere,
 Y á orillas del abismo
 Incauta se durmiera,
 ¡ Acude, ó sombra amada de Narcisa,
 Con el dolor á despertarme aprisa,
 Del breve y peligroso parasismo :
 Ten mis ojos abiertos, de tal suerte,
 Que distingan de léjos á la muerte !
 No necesita ya para acabarme,
 De un esfuerzo violento
 O extraordinario, basta un solo aliento :
 Ya la naturaleza ha rubricado
 La órden de despojarme
 De esta vida, y en manos la ha entregado
 De la parca, que solo espera instante
 Propio para ponermela delante.
 Quando á mirar me vuelvo
 La larga série de años que he vivido,
 Y hecho ménos mil jóvenes, mas sanos

Y juiciosos que yo, que ya han coneluido
 Su mortal vida, apénas me resuelvo
 A creer, que á todos ellos sobrevive
 Este cuerpo infeliz. ¡ Pero qué vanos
 Cálculos son los que hago ? ¡ Acaso vive ?
 ¡ Que hace sino morirse lentamente ?
 ¡ Puede llamarse vida,
 Sabio Mead, la mísera existencia
 Que arrastro tristemente,
 Y estuviera hace tiempo fenecida
 Si no la conservaras con tu ciencia ?
 Sin un milagro de ella, yo ya hubiera
 Visto del otro mundo la ribera ;
 Mas ya hace tiempo que perdidas siento
 Mis fuerzas, y el vigor del pensamiento ;
 Se disuelve mi ser desfallecido,
 De tanta enfermedad acometido ;
 No hago mas que agotar las desabridas
 Heces de los placeres que he logrado :
 Los sentidos las puertas ya han cerrado
 Del alma ; mi razon conforme cesa
 De alumbrarme, da voces repetidas
 Convidándome al polvo y á la huesa.
 ¡ Qué, he de temer acaso
 Ver la repetición de aquel fracaso
 Último, que á mis ojos he tenido
 Durante todo el tiempo que he existido ?
 ¡ Es para mí un fenómeno tan nuevo